

EL DISFRAZ DE LA MENTIRA

Base bíblica del tema:

Génesis 27:15.

Objetivo:

Que el alumno conozca las consecuencias dolorosas que trae consigo la mentira y decida ser auténtico.

Versículo para aprender:

"Esfuérzate por presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse y que interpreta rectamente la palabra de verdad" 2 Timoteo 2:15.

De nuevo es un placer encontrarnos un día más en esta semana de oración, es lindo ver sus rostros felices y llenos de curiosidad por saber lo que descubriremos hoy.

Hoy, antes de contarles una historia, quiero mostrarles primeramente algunos objetos (abra el baúl y vaya sacando poco a poco cada elemento del disfraz). ¡Tenemos un huevo! ¿Un huevo? Un estuche de pinturas, una peluca, un pantalón con diferentes colores, un moño, juntos zapatones! Creo que ya saben de quien se trata, ¡sí, muy bien! De los simpáticos ¡payasos!. Precisamente, en la época de los reyes surgieron los payasos con el fin de entretenir a los Monarcas, Faraones y Emperadores chinos. Pero los payasos no fueron cualquier ciudadano, no, ellos eran tan necesarios para la alegría de su rey que pertenecían ja la corte de los reyes!

A estos payasos se les llamaba clowns (que significa aldeano) éstos, actuaban como bufones, tenían gran libertad de palabra y crítica. A menudo eran los únicos que podían expresarse de lo que los reyes imponían al pueblo en forma de chiste y crítica e incluso su humor podía llegar a afectar y cambiar la política del gobierno.

¿Recuerdan el huevo? ¿Tienen idea para qué lo usaban? No, no se lo comían. Era útil para dibujar el rostro que deseaban reflejar como payaso. Así que primero practicaban en el huevo su rostro, ya sea feliz o triste.

Esta es una historia de la antigua Londres en el siglo XVI, tal vez sea una historia o tal vez una leyenda, pero sí pudo suceder. La historia comienza con una noticia que puso feliz a todo Londres. Un hijo le nació al rey Enrique VIII, al hermoso bebé le pusieron Eduardo Tudor y por decreto real fue nombrado príncipe de Gales.

Ese mismo día en la familia Ganty, una familia muy pobre, nació otro hermoso bebé a quién le pusieron por nombre Tom. Este pobre niño creció con carencias de todo tipo: alimento, ropa, zapatos etc. En cambio el príncipe Eduardo tenía mucha comida y ropa muy hermosa. El rey quería mucho a su único hijo así que lo educó con mucho amor y comodidades.





Tom creció en la pobreza, pasó hambres, así que tuvo que mendigar. Además, su padre era una persona alcohólica que le exigía vestirse de lisiado para pedir dinero y así poder conseguir alcohol. El pobre Tom era maltratado si llegaba sin dinero para su padre. A pesar de esa vida triste, a Tom le gustaba leer libros sobre la vida de los reyes y muchas veces jugaba a ser príncipe usando frases que aprendía de los libros, además practicaba los buenos modales de la realeza.

Un día Tom cansado del maltrato de su padre caminó por las calles de la antigua Londres y decidió llegar hasta el hermoso palacio para contemplarlo. Cuando Tom se acercó a las rejas del palacio el guardia observando los trapos viejos que traía puestos, le molestó y lo corrió, diciéndole que el palacio no era lugar para personas sucias y harapientas. En ese momento el príncipe Eduardo iba llegando de un paseo en su caballo, cuando escuchó los gritos del guardia. Muy curioso se acercó y le preguntó al guardia -¿Qué es lo que pasa aquí?–.

-Este sucio mendigo está merodeando el palacio y ya le dije que se vaya de aquí –. Contestó el guardia muy molesto.

-Oh pero míralo, se ve mal, parece que no ha comido por muchos días- dijo el príncipe, así que le ordenó: -Déjalo que entre, le daré comida ahora-.

Al guardia no le quedó otra opción mas que obedecer al príncipe Eduardo. Entonces el príncipe lo hizo pasar a su habitación le dio una rica comida y después de haberlo atendido se pusieron a platicar, ahí intercambiaron experiencias de vida. El príncipe Eduardo se emocionaba con las cosas que Tom le contaba y deseó tener esas mismas experiencias de ser libre y poder jugar con otros niños en la calle sin tener siempre un guardia que lo cuidase. Así que le propuso intercambiarse de ropas y disfrazarse cada uno de su compañero. Tom de príncipe y Eduardo de Tom. Al principio a Tom le pareció una locura, pero cuando se vio vestido de príncipe se dio cuenta que eran ¡muy parecidos! Parecían gemelos, sería muy difícil que los demás lo notasen.

Vestido de mendigo el príncipe salió del palacio, emocionado recorrió las calles de su reino pasando por muchos lugares desapercibido pero a las pocas horas, el padre de Tom lo encontró y después de darle una maltratada, lo hizo volver a su humilde casa y lo puso a trabajar duramente.

En cambio a Tom le iba súper bien, tenía comida y disfrutaba de muchas cosas, pero el remordimiento no lo dejaba tranquilo así que confesó que él no era el verdadero príncipe de Gales. Todos creyeron que había enfermado de locura, y lo trajeron con más consideración; no le quedó más remedio que seguir fingiendo que era el príncipe Eduardo. Así pasaron muchos días y el príncipe de Gales ya deseaba estar en su palacio porque la vida de su amigo Tom realmente era muy dura.

Un día Eduardo se encontró con un caballero de un país vecino con el cual había competido en un campeonato de arquería, por supuesto que el caballero no lo conoció, pero al narrarle Eduardo las experiencias que habían vivido juntos, lo reconoció y le prometió ayudarlo para introducirlo en el palacio.

Para ese entonces el rey había fallecido y ahora Eduardo sería coronado rey de Inglaterra pero si no se apuraba la corona sería entregada a Tom.

Rápidamente el caballero llevó a Eduardo al palacio. Las trompetas sonaron y el pueblo esperaba la coronación del pequeño rey que estaba sentado en la silla real. Nadie sabía que el verdadero rey se encontraba disfrazado de mendigo a espaldas de todos. Cuando los guardias se dieron cuenta de su presencia intentaron echarlo fuera del palacio pero Eduardo se rehusó confesando que él era el príncipe. Tom se levantó de su silla y contempló la triste escena, por su mente pasó el pensamiento de que si él confesaba la verdad, sería echado de ahí y volvería a ser el mismo mendigo del pasado. Pero entendió que ese lugar no le correspondía porque no era su herencia, sería un usurpador si se mantenía mintiendo. Entonces, se armó de valor y confesó que ese chico era el verdadero Eduardo, el rey de Inglaterra. Por su parte el rey Eduardo premió su honestidad, lo nombró caballero y pasó a ser consejero del rey. Los dos gobernaron con honor y generosidad.

Esta bella historia me recuerda lo que sucedió a principios de la historia de este mundo.

Ocurrió en un bello lugar con hermosos paisajes y un fiel hombre llamado Isaac, quien tenía sesenta años de casado con una linda mujer, pero no habían podido tener hijos.

Un día, supo que estaba embarazada y al dar a luz, no solo tuvo un hijo, sino dos. Fue sin duda un día muy feliz para los que vivían con ellos. No se hablaba de otra cosa que no fuera de los gemelos: Esaú y Jacob. A todos les gustaba contar que Jacob había nacido en último lugar y que había llegado con la mano agarrada al talón de su hermano.

Para comprender bien esta historia debemos recordar que, en aquel tiempo, el primer hijo varón era el heredero de todos los bienes de la familia. A esto se le llamaba: derecho de primogenitura. En este caso el derecho pertenecía a Esaú, pues había nacido antes que su hermano. Por eso era muy importante ser el primogénito en cualquier familia, ser el primer hijo de Isaac lo era mucho más, pues este niño heredaría una fortuna de su padre y las bendiciones que Dios había prometido a Abraham.

Esto también requería que el primogénito tuviera una conducta acorde con su responsabilidad como tal, pero Esaú no le daba ningún valor a esas cosas. Lo que a él le gustaba era correr por los campos y los bosques, cazando con el arco y la flecha. No le interesaba nada más.

Jacob era diferente. Se quedaba en casa, cerca de su madre, escuchando historias sobre la familia, sobre Dios y aprendiendo cosas importantes para la vida. Su mamá le contó que cuando estaba embarazada, el SEÑOR le había dicho que uno de los hijos sería más fuerte y que el mayor tendría que someterse al pequeño.

En una ocasión, cuando Esaú regresaba del campo con muchísima hambre, Jacob estaba cocinando unas lentejas muy apetitosas. Esaú le pidió un poco de aquella comida, Jacob decidió aprovechar la ocasión para hacer un trato con él.

-Te daré de esta comida si a cambio tú me das la primogenitura-. Esaú sin pensar en las consecuencias, aceptó el trato mientras extendía la mano para recibir su plato lleno de esas deliciosas lentejas. Jacob aprovechó la oportunidad para que su hermano le jurara que todos los derechos de primogenitura serían para él.

Mientras tanto el padre de estos jóvenes, Isaac, estaba envejeciendo, tenía muchas dificultades para ver. Dándose cuenta que pronto moriría, llamó a su hijo mayor, Esaú, y le



Al oír que fuera al campo y trajera algo de caza para preparar una comida especial para él, entonces le daría la bendición que le pertenecía por ser el hijo mayor. Obedeciendo a su padre, Esaú salió a cazar.

Pero Rebeca, la madre, que había escuchado toda la conversación, se lo contó todo a Jacob y juntos decidieron engañar al pobre anciano.

Rebeca mandó a Jacob a buscar dos cabritos del rebaño. Con esto haría un guiso para que Jacob se lo llevara a su padre, haciéndose pasar por Esaú. Así, él bendeciría a Jacob en lugar de Esaú.

-¡Pero Esaú es peludo!- dijo Jacob a su madre. Entonces siguiendo las indicaciones de Rebeca Jacob se disfrazó de su hermano Esaú, y se cubrió los brazos y el cuello con la piel de los cabritos, por si acaso Isaac lo tocaba para asegurarse que era su hijo primogénito.

Jacob entró a la tienda y cuando su padre preguntó quién era, él respondió: -Soy Esaú, tu hijo primogénito-. Jacob mintió, imitando la voz de Esaú.

-Padre he hecho lo que me pediste, puedes comer y después bendecirme?-.

-¿Cómo has encontrado la caza tan rápido?- preguntó Isaac desconfiado-.

-El Señor me lo envió a mi encuentro- respondió Jacob, implicando a Dios en su engaño.

Isaac sintió que pasaba algo extraño y le pidió a su hijo:

-Déjame tocarte, hijo mío, para tener la certeza de que eres Esaú. Las manos parecen de Esaú, pero tu voz es la de Jacob, ¿eres Esaú?-.

-Si padre, soy yo-. Después Isaac comió y bendijo a su hijo. Tan pronto salió Jacob de la presencia de su padre, se quitó el disfraz. Sin imaginar lo que había sucedido, Esaú preparó la comida y fue a ver a su padre.

-¿Quién eres?- preguntó su padre disgustado.

Esaú se quedó intrigado, ¿a caso su padre no lo reconocía?

-Soy Esaú, tu primogénito-.

-Entonces, ¿quién ha estado aquí y me ha traído la comida que yo había pedido? A él le he dado mi bendición.

Desolado, Esaú cayó de rodillas y comenzó a suplicar:

-¡Por favor, padre, bendíceme también a mí!-

Pero Isaac no podía echarse atrás. Esaú lleno de odio hacia su hermano se dijo: -Mi padre pronto morirá y después mataré a Jacob-.

Con gran temor, Jacob, siguiendo el consejo de su madre, decidió huir a Harán, a la casa de su tío Labán. El precio que Rebeca tendría que pagar por su engaño fue no volver a ver nunca más a su hijo Jacob.

Por su parte, Jacob también perdió su hogar y la compañía de su madre. Sufrió gran soledad y angustia y remordimiento por lo que había hecho.

Cuando traemos disfraces puestos, terminamos actuando según el personaje que hemos escogido: Tom, un pordiosero, terminó actuando como un príncipe y el príncipe como un mendigo. Jacob actuó como Esaú y terminó escondiéndose de él mismo. El temor de ser encontrado por su hermano no lo dejaba tener paz.

El plan de Dios para nosotros es que seamos felices tal como él nos hizo. Él desea que mantengamos nuestra HERENCIA GENÉTICA tal como él nos la ha dado. Tu color de ojos y cabello es el tono perfecto para tu piel. No tienes que andar experimentando, porque entonces le estamos diciendo a Dios que se equivocó en formarnos y Dios, mis queridos muchachos, NUNCA SE HA EQUIVOCADO, somos formados a su imagen y semejanza. Además no hay mayor plenitud que ser jauténtico, único! Y eso te debe hacer ¡feliz! No pierdas tu tiempo tratando de imitar lo que miras en las redes sociales, mejor perfecciona tu carácter que es lo único que llevaremos al cielo.

Actividad:

Materiales: Una cuerda bastante larga.

Indicaciones: Esta cuerda representa la mentira. Cada uno de ustedes piense en alguna ocasión en la que no dijeron la verdad en su totalidad. No tienen que decirla en voz alta, solo tienen que pensarla en su mente. Luego que lo piensen, cada uno debe darle una vuelta a la cuerda alrededor de su cuerpo y pasarl a la siguiente persona, pero ustedes no deben de soltarse.

Desarrollo: Empezamos a recordar las mentiras que dijimos, puede ser que mamá nos preguntó mientras peleábamos con nuestro hermano o hermana -¿Qué sucede?- Y nosotros dijimos: -jnada mamá!. Cuando en realidad sí estaba pasando, todos hemos dicho mentiras, hasta yo. (El líder de la actividad debe de ser la última persona en amarrarse)

Conclusión: ¿Cómo se sienten al estar todos envueltos en la cuerda? (permite que los niños y adolescentes respondan). Esto se parece mucho a lo que ocurre cuando decimos una mentira. Jacob estuvo enredado en su cuerda de la mentira por varios años; aunque después se arrepintió,

le trajo consecuencias dolorosas.

Es mejor una amarga verdad, que una dulce mentira, por lo tanto no nos coloquemos el disfraz de la mentira. Seamos como ese niño y adolescente que Pablo le aconseja a Timoteo en nuestro versículo de hoy.

Dinámica de oración:

En esta pared colocamos esta tira grande de papel y el título "Soy veraz" cada uno tiene un lápiz y vamos a dibujar el contorno de nuestra mano en la tira de papel y escribimos nuestro nombre dentro de la mano (permite que todos dibujen el contorno de su mano y después ore).

Vamos a orar: "Querido Padre celestial, te agradecemos por las historias de la Biblia y por esta semana de oración, hoy deseamos ser niños y adolescentes que siempre digamos la verdad y que no nos coloquemos la máscara de la mentira, porque solo nos traerá dolor a nuestra vida. En el nombre de Jesús. Amén"

